

CAPÍTULO X

Situación respectiva de Moteczuma, Cortés y Narváez. — Torpezas de éste. — Embajada de Guevara. — Manera extraña conque Sandoval envía á México á los comisionados de Narváez. — Disposiciones de Cortés. — Va Olmedo al campo enemigo. — Emplea la seducción. — Seduce Cortés á Guevara y á sus compañeros. — Vuelven sus parciales al campamento de Narváez. — Embarque de Ayllón. — Cortés deja á Alvarado en México y sale sobre Narváez. — Se le reunen Velázquez de Leon y Rangel en Cholóllan. — Ejército auxiliar de tlaxcalteca. — Sigue el camino de la llanura. — Su encuentro con Olmedo. — Prende al escribano Mota. — Nuevo requerimiento á Narváez. — Se le incorpora Gonzalo de Sandoval. — Llega Tevilla con los chinanteca armados de lanza. — Arregla con Duero la entrega del campo de Narváez. — Marcha sobre él. — Asalto nocturno. — Derrota y prisión de Narváez. — El lienzo de Tlaxcalla. — Unión de los dos ejércitos. — Cortés se apodera de las naves. — Cambio favorable de situación. — Recibe Cortés noticias de los trastornos de México. — Situación de Alvarado. — La fiesta Tóxcatl. — Matanza que hace Alvarado en los guerreros y sacerdotes de México. — Se alzan los mexica y atacan el cuartel español. — Moteczuma les manda que se retiren. — Cortés emprende la vuelta. — Entra en México con su ejército. — Alzamiento general de los mexica. — Cuitlahuac y Cuauhtemoc se ponen á su cabeza. — Ordáz y Cortés son rechazados. — Ataque al cuartel español. — Salida general del 26 de junio. — Los españoles se replegan con grandes pérdidas. — Bravura de los mexica. — El libro de Mr. Thiersant. — Cortés construye máquinas ó ingenios para sus ataques. — Moteczuma arenga á los mexica. — Cuauhtemoc lo hiere con una pedrada. — Los mexica desbaratan las máquinas de Cortés. — Asalto al teocalli. — Cortés decide la salida. — Manda matar á Moteczuma. — Elección de Cuitlahuac. — Cortés gana y ciega las cortaduras de la calzada de Tlacópan. — Consideraciones sobre los hechos militares de esas jornadas. — Error de Cortés. — Cuitlahuac y Cuauhtemoc. — Nuevo asalto. — Se determina la salida en la noche. — Reparto del oro. — Muerte de los presos. — Orden de la marcha. — La ciudad se levanta en armas. — Desorden de la marcha. — Primer ataque en la cortadura de Tecpantzinco. — Matanza entre las otras cortaduras. — La zanja de Toltcaalotlipan. — La pasan Alvarado y los restos del ejército. — Llegan á Tlacópan. — La Noche Triste. — Retirada á Quauhximálpán. — Pérdidas de las fuerzas de Cortés. — El supuesto llanto de Cortés. — Los españoles refugiados en el cuartel. — Suerte que tuvieron. — Disquisición sobre la muerte de Moteczuma y de los señores presos. — El cadáver de Moteczuma.

Veamos la situación respectiva de los tres elementos de poder que jugaban en tal sazón el destino de nuestro territorio. Moteczuma y los mexica recobraban la esperanza de verse libres de Cortés, y si aquél le había dado noticia á éste del arribo de Narváez, no fué por favorecerlo, sino impulsándolo á irse, supuesto que ya había en la costa buques en que pudiese partir. Cortés á todas sus dificultades agregaba la ausencia de Velázquez de Leon y de Rangel con parte de sus tropas, y se encontraba en una ciudad enemiga, sin fuerzas para dominarla y al mismo tiempo batir á las más poderosas de Narváez que sobre él podían caer. Narváez, al contrario, podía ser recibido como un salvador, y todo se le facilitaría en su camino. Su éxito habría consistido en marchar inmediatamente sobre México; no hubiera encontrado ningún obstáculo serio, y seguro era que ya en el Valle lo auxiliarían todos los pueblos del Anáhuac: entonces la Conquista habría tomado rumbo muy diferente. Pero perdió el tiempo, dirigiéndose primero á su cuñado Velázquez de Leon, quien fiel á Cortés retrocedió hacia México con sus peones, y después, descuidando tomar por las armas la Villa Rica, se contentó con intimar obediencia á Sandoval, mandándole una embajada compuesta del presbítero Juan

Ruiz de Guevara, del escribano Alonso de Vergara, del hidalgo Pero de Amaya y otros tres españoles que iban de testigos. Pero Sandoval, en vez de oír la embajada, trató de ruin clérigo á Guevara, no permitió que se le hiciese notificación alguna, y apoderándose de los mensajeros mandó á México á Guevara, Vergara y Amaya, metidos en hamacas de red, á espalda de indios y custodiados por el alguacil Pedro de Solís y veinte soldados españoles. Marcharon los infelices como carga cuatro días sin descanso aun por la noche, hasta llegar á orillas de la ciudad de México.

Cortés había comenzado á recibir noticias más positivas; habían llegado algunos indios de la costa; había recibido una carta de Cervantes, pero éste le hablaba de un solo navío, sin duda el primero en que llegó Ayllón; para tener mayor seguridad de lo cierto había mandado ya cinco soldados á que viesen lo que pasaba, correos á Velázquez de Leon y Rangel para que se replegasen á México y á Andrés de Tapia con instrucciones á la Villa Rica. Además disponía se fabricase buena cantidad de lanzas y picas.

Como pasasen quince días sin otras nuevas, decidió enviar al campo de Narváez al mercedario Olmedo con una carta suya y otra de los regidores de la Villa Rica,

que en México estaban, requiriéndoles dijese quiénes eran y á qué venían, y apercibiéndolos de que si no se retiraban, saldría con españoles é indios á arrojar á los extranjeros entrometidos en las tierras y señoríos del rey de Castilla. Llevaba también Olmedo buena cantidad de oro, pues Cortés sabía que ese metal era más poderoso que el mucho plomo y mucho acero de sus contrarios.

Cinco días después llegaron los prisioneros de la Villa Rica; Cortés los hizo entrar á caballo, y los trató tan bien y anduvo tan franco en dádivas, que á poco donde venían tan bravos leones volvieron muy mansos y se le ofrecieron por servidores, según las palabras de Bernal Díaz. Tanto pudieron los tejuelos de oro, que á más de dar á Cortés cuantas noticias necesitaba, le entregaron todas las cartas que traían y volvieron al campo sus partidarios, llevando el virus de la aurífera corrupción y una carta para Narváez muy amistosa, en la cual le pedía enviase, para obedecerlas, sus provisiones reales, provisiones que por Guevara sabía que no existían. Llevaban también carta para Ayllón, quien no la recibió porque ya había zarpado para Cuba; otra para el secretario Andrés de Duero; buena cantidad de joyas de oro y mayor de promesas. Había sucedido con Ayllón que disgustado Narváez de que le intimase mudara su puebla y no requiriese á Cortés, pues él mandaría persona que le notificara las resoluciones de la Audiencia, lo había hecho embarcar junto con el secretario Pedro Ledesma y su alguacil mayor. Puesto el primero en una nao y en otra estos dos, ya desde fines de abril habían zarpado ambas.

Entre tanto Narváez había perdido un mes, yéndose á situar á Cempuállan, por lo que Sandoval y Tapia abandonaron la Villa Rica y se internaron en la montaña. La torpe conducta de Narváez con Ayllón causó disgusto en el campamento, y Pedro de Villalobos y otros ocho soldados se pasaron á Sandoval. A ese tiempo llegaba Olmedo y á poco Guevara: ambos predicaban la paz, que rechazaba Narváez; ambos hablaban bien de Cortés y llevaban buenas dádivas; Narváez maltrató de palabra y en público al fraile y cogió mala voluntad al clérigo, con lo cual ambos trabajaron con más empeño en dividir el campamento. El señor Orozco hace notar que con el mercedario iba un Usagre, artillero de Cortés, hermano de uno de los artilleros de Narváez.

Cortés, viendo la torpeza de su contrario y teniendo sin duda noticias de que ya estaba minado su ejército, decidió marchar sobre él. Dejó una parte de sus soldados en México, á las órdenes de Pedro de Alvarado, á quien por rubio y por compararlo al sol llamaban los mexica *Tonatiuh*. A los españoles que se quedaban les tomó juramento sobre un misal de que no abandonarían á Alvarado y lo obedecerían en cuanto les mandase. La principal consigna á éste era no dejar escapar

á Moteczuma y demás presos. Todos los soldados fueron fieles menos el balletero Cristóbal Pinelo, que desertó para irse con Narváez. A Moteczuma le encargó cuidase de los españoles y de que no les faltasen víveres y respetase la capilla formada en el *teocalli*.



Cortés se pone en marcha con su ejército para atacar á Narváez
Lienzo de Tlaxcalla

Salió Cortés por la calzada de Itztapalápan con sólo ochenta peones escogidos, y Moteczuma en sus andas y bien custodiado por Pedro de Alvarado y sus soldados lo acompañó hasta la orilla de la ciudad. A marchas largas y tomando el camino por donde á México había venido, llegó á Cholóllan, donde ya estaban Velázquez de Leon y Rangel con sus fuerzas: enviados los soldados inútiles, quedaban unos trescientos hombres escogidos. A pesar de las aseveraciones en contrario, no podemos dudar de que se le reunieron aliados indios, no sólo los cuatrocientos huexotzinca que llevó González de Trujillo, sino un auxilio respetable de tlaxcalteca, pues así lo vemos en el lienzo de Tlaxcalla, donde, además de los guerreros que están á ambos lados, se ven tres grandes jefes.

Para ir á Cempuállan no tomó Cortés el camino del Totonacápan sino la llanura por Tepeyacác ó Tepeaca. A quince leguas de Cholóllan encontró al mercedario Olmedo, quien volvía con carta de Narváez, en la cual le intimaba fuese á Cempuállan á obedecer y cumplir las provisiones de Diego Velázquez. En Quecholac dió con el escribano Alonso de Mota, quien se le presentó con Bernardino de Quesada y dos testigos para notificarle las provisiones de Narváez; pero no bien comenzaba á leer, cuando Cortés le pidió el título de escribano del rey, y como no lo llevase, mandó al alcalde Rodrigo Rangel prendiese al supuesto escribano y á sus compañeros. Si Cortés como capitán era superior á sus contrarios, también como escribano sabía más que sus colegas. Así es que llegado á Ahuilitzápan, (Orizaba), donde las lluvias lo detuvieron dos días, mandó á su vez al escribano Pero Hernández con Rodrigo Alvarez Chico á requerir de obediencia á Narváez. Siguiendo por veredas, donde la caballería contraria no pudiese causarle daño, llegó á Cuauhitochco, (Huatusco), y allí se le presentaron Guevara, Juan de Leon y el secretario

Andrés de Duero con proposiciones de Narváez para que dejase la tierra, permitiendo sacar á él y á los suyos cuanto hubiesen adquirido: Cortés contestaba siempre que se le exhibiesen las provisiones reales, y aunque admitió una conferencia con Narváez, no concurrió á ella. Aprovechaba todas estas negociaciones para irse acercando sin peligro á su contrario y para ir ganando parciales, lo que por medio de dádivas consiguió con Leon y Duero, afianzando más la amistad de Guevara.

Así había llegado Cortés con su ejército á un lugar llamado Tampanequita, donde se le reunió Gonzalo de Sandoval con sesenta hombres, y de ahí mandó nueva carta á Narváez con nuevos requerimientos y emplazándolo para dentro de tercer día, firmada por los capitanes y principales soldados. Mandó con ella á Olmedo con el artillero Usagre y le dió otras cartas secretas y buena provisión de oro. El astuto fraile, mientras daba á entender á Narváez y á sus amigos que muchos de los soldados de Cortés querían entregarse, repartía en secreto oro y cartas y ganaba partidarios, entre ellos á Rodrigo Mino y á Usagre, encargados de la artillería, y á Agustín Bermúdez, capitán y alguacil mayor del real.

Cortés aprovechó esta dilación para adelantarse á Mictlancuanhltla, donde se le reunió Tevilla, que llevaba trescientas picas de cobre templado hechas en Chinantla y destinadas á contener á la caballería. Dispuesto ya todo, se hizo alarde del ejército, y resultaron unos trescientos veinte peones, contados atambor y pífano, cinco de á caballo, dos artilleros, y entre ballesteros y arcabuceros unos treinta y cinco, y á más los indios aliados, de los cuales se da poca cuenta. Más que con estas fuerzas contaba Cortés con las inteligencias que tenía en el campo enemigo, y sobre todo con Andrés de Duero; pero queriendo éste asegurar su recompensa, pasó al de Cortés con el artillero Usagre, el sábado 26 de mayo, á pretexto de hablar con Velázquez de Leon. Allí todo se acordó, y al volverse Duero el siguiente día, domingo de Pascua del Espíritu Santo, Cortés le cargó de oro los dos indios que llevaba. Para distraer á Narváez mandó á Velázquez de Leon fuese á Cempuállan, pues aquél quería hablarle, y dos horas después de su partida puso en marcha el ejército, llegando á acampar á orillas del río Chachalaca, cerca de Cempuállan, al caer la tarde del lunes 28 de mayo. En la marcha lo encontraron Velázquez de Leon, el fraile Olmedo y Juan del Río, quienes volvían expulsados por reyertas del primero. Traían naturalmente carta de Narváez; pero además una de Duero, sin duda con buenas noticias, pues Cortés siguió su camino adelante con el ejército.

Avisado Narváez por los indios, había salido de Cempuállan y escogido punto para dar la batalla; permaneció en espera bajo una fuerte lluvia y sobre un

suelo anegado, sin que el enemigo apareciese. Se dice generalmente que se retiró en la noche á Cempuállan. Entre tanto el ejército de Cortés se entregaba al sueño después de que su capitán lo hubo arengado. Mas ya muy entrada la noche llegó del campo de Narváez un soldado llamado Galleguillo, enviado por Duero, y Cortés, sin ruido de atambor, hizo levantar á su gente y tomó sus disposiciones para el ataque. Pizarro con sesenta peones caería sobre la artillería, marchando en seguida sobre el *teocalli*, donde se aposentaba Narváez; Gonzalo de Sandoval, con ochenta soldados escogidos, debía hacer tan importante captura como alguacil mayor y por e mandamiento escrito que se le había dado; Juan Velázquez de Leon, con sesenta hombres, atacaría el cuartel de Diego Velázquez, y Cortés con el resto de la gente acudiría donde fuese menester. Duero había cuidado de darle parte con Galleguillo de la posición de las fuerzas de Narváez en esa noche. Se pregonó un premio de tres mil pesos para quien prendiese á Narváez. A la sordina y llevando por contraseña Espíritu Santo, marchó el ejército: llovía aún y la noche era muy oscura. Los cuarenta jinetes encargados de defender el camino al mando de Duero y Bermúdez no estaban en su puesto, y Cortés pudo penetrar en el campo enemigo al toque de carga del atambor. Los centinelas dieron la alarma; pero Pizarro, cumpliendo la consigna, se apoderó de la artillería, pues los oídos de las piezas estaban tapados y la mayor parte de los hombres que las servían ausentes: sólo hubo cuatro disparos y únicamente uno útil. Usagre había cumplido. Diego Velázquez defendía briosamente el cuartel contra su pariente Velázquez de Leon. Sandoval marchó sobre el *teocalli*, tomó sin dificultad unos cañones que tenían tapado el oído, y apoyado por Pizarro, tras rudo asalto, se apoderó del punto. Narváez estaba con un ojo quebrado y preso por Pero Sánchez Farfán. La caballería se



Derrota y prisión de Narváez.—Lienzo de Tlaxcalla.

había desbandado. Diego Velázquez, viendo inútil la resistencia, se entregó con los suyos. Cortés había acudido con sus peones adonde quiera que su presencia era necesaria. Al amanecer volvieron Duero y Bermúdez entregándose con la caballería. La victoria del martes 29 de mayo había sido completa. Se dice que

no entraron en campaña más indios que los chinanteca con sus lanzas, interpolado entre cada dos un flechero. Veamos qué nos dice el lienzo de Tlaxcalla.

Vimos ya que iba con Cortés un cuerpo auxiliar de tlaxcalteca y que después llegaron los chinanteca con sus lanzas de punta de bronce: en la pintura se ven á un español y á un indio prendiendo á Narváez, el indio á su espalda y el español delante atándolo para significar el hecho; pero como combatiente sólo aparece Cortés á caballo y con una lanza atacando el *teocalli*, lo que parece indicar que poca parte tuvieron los indios en la refriega, cosa natural en la clase de asalto y sorpresa dado al campo de Narváez. A la espalda de Cortés y en último término llega un indio con un mensaje, lo cual explicaremos después. El *teocalli* asaltado era el templo de *Quetzalcoatl*, como se ve en la pintura, y en ella se expresa que el lugar del combate se llamaba Huitzilápan. No fué, pues, en el mismo Cempuállan, sino en sus inmediaciones ó en uno de los pueblos ó *calpulli*, que como sabemos rodeaban á las poblaciones mayores. Que alguna contienda hubo con indios, se infiere de que salió herido el cacique gordo, y que había un cuerpo aliado se confirma porque después Bernal Díaz cuenta más de seis mil hombres de ejército.

Incorporó Cortés á sus fuerzas á los vencidos, y mandó que les entregasen los objetos de su pertenencia tomados por los vencedores, y aunque esto causó algún disgusto, con dádivas y promesas se apaciguó, lográndose por ellas que entre unos y otros se formara un interés común para proseguir juntos la empresa. Por supuesto, Cortés cuidó desde luego de apoderarse de las diez y ocho naos, las cuales fueron trasladadas á la Villa Rica, sacándoles, por más seguridad, las velas, agujas y timones.

Sin duda le pareció á Cortés aquel momento el más feliz de su expedición, pues si mucho había hecho con el puñado de hombres traído á México, todo lo podría con un ejército tres veces mayor que sus mismos enemigos habían cuidado de proporcionarle. Como las pérdidas por ambas partes habían sido insignificantes, los dos ejércitos reunidos, con la caballería, artillería y material de guerra traídos por Narváez, agregando la circunstancia importantísima de tener diez y ocho naves, eran bastantes á consumir la Conquista. La verdad es que hasta entonces ésta no pasaba de un buen deseo. Los soldados de Cortés estaban en México; pero la Conquista debía determinarse por dos manifestaciones positivas, la sumisión al rey de España y la adopción del cristianismo. En cuanto á lo primero, la sumisión del Totonacápan era ilusoria; los tlaxcalteca hasta entonces eran aliados, no súbditos, y el mismo Moteczuma, preso y todo, conservaba su carácter de rey, ejercía sus atribuciones, y los mexica no reconocían otra autoridad. En cuanto á la cuestión religiosa,

estaba más atrasada aún: algunos ídolos rotos á los totonaca, una cruz levantada en Tlaxcalla y una Virgen y un san Cristóbal puestos en un pequeño templo; pero en pié los grandes *teocalli* con los dioses indios y en práctica el culto sanguinario.

Pero la perspectiva cambiaba de pronto á los ojos de Cortés; todo le iba á ser posible con su nuevo ejército. Hasta entonces el rey de España no tenía en realidad más que la Villa Rica de la Vera Cruz, y sin duda por esto cuidó Cortés de mandar inmediatamente á Diego de Ordáz con doscientos hombres á ocupar la fortaleza de Coatzacoalco, pues eso aumentaría positivamente el territorio español, y para hacer efectiva la colonia dos naos irían á Jamaica por caballos, becerros, puercos y ovejas. Dispuso, además, que Rangel quedase de guarnición en la Villa Rica y al cuidado de las naves con otros doscientos hombres, y en fin, Velázquez de Leon salió con dos naos y peones bastantes para reconocer la costa del Pánuco y disputar su conquista á Garay.

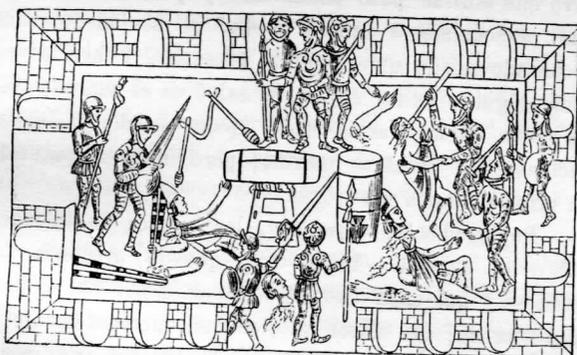
Pero vemos visto que en el lienzo de Tlaxcalla aparece un indio que llega con un mensaje: era una embajada de Moteczuma quejándose de los desmanes de Alvarado, desmanes que al fin habían producido la insurrección de los mexica. A más, había llegado carta de Alvarado en la cual pedía socorro: los mexica habían quemado los bergantines, quitado los víveres á los españoles, y alzados en guerra atacaban el cuartel. Veamos qué había pasado en México.

Desde la salida de Cortés nada particular había ocurrido, si no era la dureza con que Alvarado trataba á Moteczuma, cosa no de extrañar por el carácter de aquél, cuando llegó la fiesta *Tóxcatl*, solemnísima para los mexica, y que caía á 20 de mayo. Comunmente se cometen dos errores á este propósito: el primero decir que los mexica habían prescindido de sus sacrificios, cuando Andrés de Tapia refiere cómo Cortés encontró cuatro víctimas en su visita al *teocalli*, haciendo que no las había visto; el segundo suponer que Alvarado instigó á Moteczuma para que se celebrase solemnemente la fiesta *Tóxcatl*, siendo así que lo contrario aparece de la declaración de Bernardino Vázquez de Tapia: bastante culpa resulta á Alvarado para que se la agrave con la premeditación.

Nosotros nos explicamos los hechos de la manera más natural. Alvarado había quedado con una pequeña guarnición: si bien con numerosos tlaxcalteca, tan sólo con ciento treinta españoles, según el mismo Tapia. Recelaba, y con razón, cualquier levantamiento de los mexica, y su recelo aumentaba á la proximidad de las fiestas, ocasión propicia para un alboroto. Los tlaxcalteca desconfiaban también, y con su temor aumentaban los de Alvarado. Como sucede siempre en esos casos, las sospechas se iban tornando afirmaciones, y los celos creíanse peligros. Ya con tales ideas Alvarado

fué al *teocalli* antes que la fiesta diese principio, y vió á los sacerdotes ocupados en aderezar los templos, á tres ídolos en andas como si fuesen á sacarlos en procesión, y junto á ellos tres víctimas destinadas al sacrificio. Alvarado mandó llevar á las víctimas al cuartel, cosa que no debió alarmar á los sacerdotes, pues no ignoraban que los españoles condenaban los sacrificios humanos. A los tres desgraciados les adelantó su destino, sujetándolos á tormento. Al primero le pusieron unos leños encendidos sobre la barriga para que declarase cuándo había de ser el alzamiento, y murió sin decir nada. Siguió el tormento con los otros dos y con dos mancebos de la familia de Moteczuma, y éstos dijeron cuánto quiso Alvarado, y lo que callaron lo dijo por ellos el intérprete Francisco, indio de Cuetláxtlan. Aparece, pues, cierto, que no había tal alzamiento, pero que los temores de Alvarado aumentaron, y que por ellos más que por codicia procedió á lo que vamos á referir.

Los mexica habían comenzado las ceremonias de su fiesta, y estaban bailando unos cuatrocientos señores, asidos de las manos y sin armas según costumbre, y como tres mil mexica sentados viéndolos. Hay quien haga subir á ocho mil los danzantes; mas lo tomamos por exageración. Dejó Alvarado la mitad de la fuerza en el cuartel para que guardase á Moteczuma, y con la otra mitad pasó al *teocalli*. No llamó la atención la presencia de los españoles, y mientras seguía la danza colocó diez peones á cada lado de la cerca del *Coatepantli* cubriendo las puertas del recinto sagrado. Los mexica bailaban alrededor del *huéhuetl* y el *teponaxtli* entonando sus cantos religiosos y haciendo punta el mancebo Tezácatl en compañía de Colnahuácatl Coatla-zol. De pronto lanzáronse los españoles espada en mano

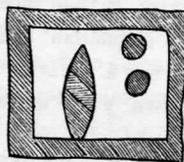


Matanza del templo. — Jeroglíficos de Durán

sobre ellos; hirieron primero en las narices á Tezácatl y en las manos á Aténpan, que tocaba el *huéhuetl*. Siguió la matanza de los mexica inermes. Los que querían escapar por las puertas encontraban las picas de los españoles; los que se atrevían á escalar la cerca eran muertos por los ballesteros y por las flechas de los tlaxcalteca. Morían lo mismo guerreros desarmados que

mujeres y niños, nadie escapaba aunque se ocultase en los diversos templos; los más animosos con los sacerdotes ocuparon el *teocalli*, pero estaban sin armas y fueron muertos. Sahagún y Durán dicen que el patio estaba inundado de sangre, y que tal cantidad de muertos ponía espanto. Alvarado no niega la matanza en su proceso. Después de ella tuvo cuidado de recoger las joyas de oro que los danzantes llevaban.

Pero no tuvo tiempo para más: Tlenamacác dió la voz de alarma en la ciudad, gritando:—¡Mexica, arriba, arriba! ¿quiénes son los que tienen en su poder el escudo?—Tan luego como vieron el *Acroyacuáhuatl*, lanzáronse sobre los españoles hasta encerrarlos en su



Asalto de Alvarado al teocalli y muerte de los sacerdotes
Códice Telleriano

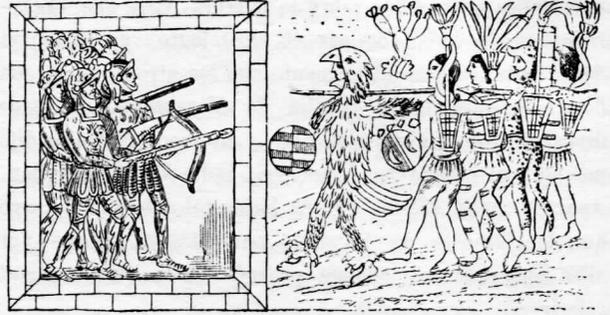
cuartel. Alvarado tenía la cabeza rota de una pedrada, un soldado muerto y algunos heridos. Los españoles tuvieron que fortalecerse á toda prisa, rechazando á los asaltantes con sus ballestas y los tiros de sus arcabuces y piezas de artillería, con las flechas de los tlaxcalteca y hasta con piedras que por las azoteas arrojaban. Rechazados los mexica por la superioridad de las armas, dedicáronse al siguiente día á hacer los funerales de sus muertos, que eran lo más selecto de las clases guerrera y sacerdotal; pero terminada la ceremonia, volvieron al asalto logrando incendiar el cuartel por varios puntos y derribar una pared, lo cual puso en tales aprietos á españoles y tlaxcalteca, que fué preciso subir á Moteczuma á la azotea, y ahí, por

conducto de Itzcáuhztin, uno de los grandes de Tlatelolco, excitó á los mexica á la paz. Los mexica no habían perdido el respeto por su rey; cesaron en el asalto, que en cerco convirtieron, y aunque se impidió al cuartel la entrada de agua y víveres, éstos aun no escaseaban y aquélla se consiguió abriendo un pozo. Moteczuma mandó entonces su embajada á Cortés y Alvarado la noticia de su situación; mas como llegase á México la de la derrota de Narváez, se aflojó el cerco y los alzados mexica fueron retirándose. Antes habían quemado los bergantines. Estaba ya entrado el mes de junio cuando Cortés recibió las nuevas del alzamiento de los mexica. Con la prontitud que el caso exigía, dispuso la marcha á México; mandó preso á Narváez á la Villa Rica, dejó en Cempuállan la riqueza que le había quitado, y envió correos á Velázquez de Leon y á Ordáz para que retrocediesen y se uniesen con él en Tlaxcalla. Cortés llegó á esta ciudad el domingo 17 de junio siendo muy bien recibido por la señoría y aposentado en el palacio de Maxicáztin. Poco á poco fueron llegando las fuerzas, y resultaron mil trescientos peones, noventa y seis caballos, ochenta ballesteros, ochenta arcabuceros y bastante artillería, y á más el ejército aliado de tlaxcalteca, con todo lo cual serían unos seis mil hombres. El 19 de junio salió Cortés, mas no tomó el antiguo camino sino el de los llanos de Apanapan, y así llegó con su ejército á Texcoco el 22. Olmedo se adelantó á participar su llegada. La ciudad estaba casi desierta, y nadie se presentó á recibir á Cortés. En una canoa llegaron Santa Clara y Hernández enviados de Alvarado y un embajador de Moteczuma, y supo cuanto había pasado y que los españoles vivían aún.

Al día siguiente, 23 de junio, salió el ejército de Texcoco en dirección á Tepeyac, y acampó á tres leguas de México. El domingo 24, á medio día, atravesando la calzada de Tepeyac y entrando por Tlatelolco, llegó Cortés al cuartel con su ejército: ahí lo recibió Alvarado. Las calles estaban desiertas y nadie salió á cumplimentarlo. Parecía que se había levantado el cerco tan sólo para que entrasen confiados todos los españoles y acabar con ellos.

Al día siguiente 25 amanecieron las calles cortadas por acequias y llenas de pozos y los puentes levantados. Los mexica no acudieron con víveres al cuartel, y el *tianquiztli* estaba vacío y los mercaderes ausentes. Cortés ordenó á Moteczuma que mandase abrir el mercado: éste contestó que necesitaba ir con la orden su hermano Cuitlahuac para que fuese obedecido: Cuitlahuac estaba preso como los otros grandes de México; Cortés cometió la torpeza de darle la libertad, y á poco tenían los mexica un caudillo. Antonio del Río salía á caballo para la Villa Rica con carta de Cortés en la cual participaba su feliz arribo, cuando al llegar á Tlatelolco fué asaltado, descalabrado y herido, y tuvo que volver huyendo al cuartel. Los mexica se habían

alzado con el *tecuhlli* de Tlatelolco, el joven *tlacatécatl* Cuauhtemoc, y ya venía al frente de ellos el *tlacochcácatl* Cuitlahuac. En un instante aparecieron por las avenidas de las calles los guerreros mexica, coronáronse de flecheros las azoteas, alzóse inmenso alarido, y al ronco són de los caracoles comenzó la pelea. A detener á la multitud que se lanzaba sobre el cuartel por las que ahora son calles de Santo Domingo,



Los mexica atacan á Alvarado en el cuartel. — Jeroglíficos de Durán

salió Ordáz con cuatrocientos peones bien arrodellados, casi todos los arcabuceros y ballesteros, y algunos jinetes cubiertos de hierro y llevando los caballos al cuello sendos cascabeles. No llegaron á medio camino sin ser embestidos por los escuadrones mexica, que lanzaron sobre ellos una lluvia de dardos y flechas, mientras que de las azoteas les caía granizada de piedras. Con todo su empuje los españoles no pudieron avanzar un palmo de terreno: por el contrario, el ímpetu de los mexica fué tal, que Ordáz tuvo que retirarse herido con ocho hombres muertos y otros muchos heridos también. Pero la retirada fué difícil, porque atacada la hueste por la retaguardia, se vió envuelta en su marcha y tuvo que abrirse paso lentamente y peleando. Cortés, que personalmente salió á apoyar el movimiento, fué rechazado donde quiera que se presentó, y herido, así como algunos de los suyos, se salvó en el cuartel. En su salida quemó varias casas para desalojar de las azoteas á los flecheros mexica; pero éstos reaparecían en otras peleando sin tregua.

Replegados los españoles, los mexica se lanzaron sobre el cuartel. Inútil era que la artillería los barriese y que cada tiro de arcabuz ó ballesta hiciese una víctima; los claros se llenaban incesantemente, y rechazados una vez volvían otra al ataque. En varias ocasiones trataron de abrir brecha; y como lograran prender fuego á unos cobertizos de madera, y los soldados españoles tuvieran que derribar parte del muro para apagarlo, entráronse por el portillo, y fué preciso desalojarlos cargándoles casi toda la artillería, arcabuceros y ballestas. Cesó el ataque al llegar la noche. Los españoles tenían ochenta heridos, muchos portillos que cerrar y muchos lugares débiles que fortalecer. Constantemente el silbo de flechas y piedras y gritos

lanzados cerca del cuartel les advertían que el enemigo estaba dispuesto. Los mexica habían probado que podían vencer, y los españoles comprendían que estaban perdidos. El temor y la fatiga eran grandes, sobre todo



Asalto y defensa del alojamiento de Cortés.—Lienzo de Tlaxcalla

en los soldados de Narváez, poco acostumbrados á tales trabajos.

Cortés comprendió que quedar en la inacción era perderse, y dispuso una salida general para la alborada siguiente. Dejando competente guarnición en el cuartel, al amanecer el 26 salieron los españoles en diversas direcciones; pero en todas encontraron á los mexica sobre las armas, y en todas pelearon con tal denuedo, que Cortés dice que los artilleros no tenían necesidad de puntería sino asestar á los escuadrones de los indios, y que aun cuando la artillería les causaba mucho mal, y jugaban además trece arcabuces y las escopetas y ballestas, parecía que no lo sentían, y donde llevaba el tiro diez ó doce hombres, se cerraba luego la gente, que no parecía que hacía daño alguno: y Bernal Díaz agrega que peleaban tan enteros y con mayor vigor que al principio, y que si algunas veces perdían parte de calle y hacían que se retraían, era para apartar á los españoles del cuartel y dar sobre ellos, con lo cual les hicieron mucho daño. Duró la pelea todo el día, y los españoles sólo consiguieron volver á su cuartel con doce muertos y multitud de heridos. Los mexica los persiguieron hasta encerrarlos, insultándolos de gesto y de palabra.

Cuando leemos la descripción de estos combates escrita por soldados tan valerosos como Cortés y Bernal Díaz, no podemos menos de protestar contra la obra há poco publicada por el diplomático francés Mr. P. Dabry de Thiersant, con el título de *Origen de los indios del Nuevo Mundo y de su civilización*. Este escritor, que pertenece á la nueva escuela ya tan generalizada de los inventores de nuestra historia antigua, escuela en la cual se emplea el procedimiento fácil de escribir sin estudiar, este escritor, repetimos, dice con desenfado que los indios se defendieron como esclavos. Si no es error de imprenta, en el cual pusieron esclavos por poner héroes, hay que confesar que

Mr. Thiersant no ha leído siquiera las Cartas de Cortés.

Para hacer más eficaces sus ataques, ideó Cortés constituir unas máquinas formadas de un armazón de madera con ruedas, las cuales pudiesen contener veinte ó veinticinco hombres resguardados por troneras, y fáciles de mover. En efecto, la formación especial de la ciudad neutralizaba en gran parte las ventajas del armamento y táctica de los españoles. Muchas calles eran sólo de agua, en otras, junto á la tierra, corría la acequia; por donde quiera había puentes alzados y multitud de cortaduras hechas nuevamente; por lo mismo no podía transportarse la artillería de una parte á otra, y las cargas de la caballería eran burladas por los mexica con sólo meterse en las acequias, desde donde hacían gran daño impunemente á los jinetes. Era preciso que los españoles prescindiesen de ataques á cuerpo descubierto. Así es que, dedicándose á la fábrica, de aquellas máquinas, no salieron el 27; toda la noche habían estado trabajando. Pero los mexica dieron los acostumbrados asaltos, y rechazados unos escuadrones, volvían otros de refresco á la pelea: era ésta tan sin descanso, y llegó á apretar tanto, que Cortés se creyó perdido y mandó rogar á Moteczuma que arengase á los asaltantes. Trataba á éste con supremo desdén y casi con odio desde su vuelta, sin duda por creerlo complicado con los mexica, y sin embargo, tuvo que recurrir á él. Moteczuma, siempre débil, accedió; vistióse sus



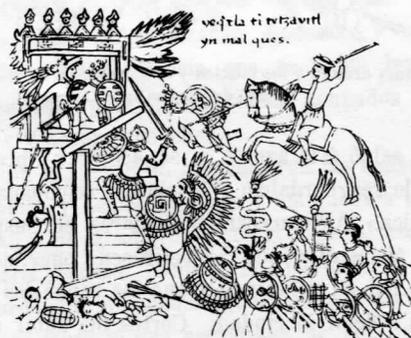
Moteczuma arenga á los mexica y lo hieren de una pedrada
Lienzo de Tlaxcalla

insignias, subió á la azotea y se acercó al pretil: dos rodeleros lo resguardaban y Marina lo acompañaba para oír la plática. Al aparecer el monarca se suspendió el ataque, y él les dijo que se retirasen, pues no estaba preso sino por su voluntad, y que los españoles estaban dispuestos á dejar la ciudad. Cortés fué hábil al aconsejar esas palabras; los mexica, cuando se acercaban al cuartel, sólo exigían á los españoles que se fuesen de México: así es que pensaba que tal promesa debería calmarlos, sin que lo comprometiera, pues no la hacía él sino Moteczuma. Pero, contra lo que era de esperarse y faltando por primera vez al respeto tradicional á los reyes mexica, el joven y valeroso Cuauhtemoc excitó á los guerreros á no obedecer á Moteczuma, y

llamándolo con soberbio desprecio manceba de los españoles, le tiró tal pedrada que lo derribó bañado en sangre. Fué retirado Moteczuma: la herida no era grave. El asalto siguió. A su vez salió Cortés á hablar con los asaltantes; pero éstos no tenían más que una respuesta: que se fuera con los españoles y que les dejase la tierra. La pelea duró todo el día.

Al siguiente 28, como estuviesen terminadas las máquinas ó ingenios, según les dice Cortés, sacáronse por la calle de Tlacópan, seguidas de cuatro cañones, mucha gente de ballesteros y rodeleros y tres mil tlaxcalteca. Llegados los ingenios á una cortadura de donde no podían pasar, los arrimaron á las casas y acercaron escalas para subir á las azoteas; pero era tanta la gente que en ellos había y arrojaban tantas y tan grandes piedras, que descompusieron los ingenios, mataron á un español é hirieron á muchos de los asaltantes; y como no pudieran ganar un paso, después de pelear desde la mañana hasta el medio día, volvióse Cortés con harta tristeza al cuartel. En cada una de estas salidas procuraban, sobre todo españoles y tlaxcalteca, incendiar el mayor número de casas para disminuir los lugares de abrigo de los mexica.

Estos se alentaron mucho con la derrota de los ingenios, y se lanzaron nuevamente sobre el cuartel. Entonces comprendió Cortés que era preciso jugar el todo por el todo, y atacar el gran *teocalli* desde cuyas alturas hacían mucho daño los mexica. Ya estos guerreros habían aprendido á burlar la artillería tirándose á tierra al ver el foganazo; pero en los *teocalli*, su forma y la táctica de pelear en ellos presentando gran frente al enemigo, los hacía inferiores y débiles al ataque de los españoles. Debió conocerlo Cortés, y buscando recuperar la moral perdida en tanto desastre, dejó bien guarnecido el cuartel y lanzó de pronto sobre el *teocalli* peones y caballos y buen número de tlaxcalteca, los



Cortés ataca el templo de Huitzilopochtli. — Lienzo de Tlaxcalla

cuales penetraron de improviso en el recinto sagrado por la puerta que á muy corta distancia quedaba del alojamiento. Como poco ganaban los asaltantes, salió él mismo, á pesar de tener herida la mano izquierda, haciendo que le liaran la rodela en el brazo. La caballería resbalaba en el estuco del piso; los mexica

empleaban contra ella grandes lanzas con puntas de pedernal con las cuales herían á los caballos desde las acequias, y en el templo desde las gradas de los *teocalli*. Los tlaxcalteca sostenían la batalla abajo, mientras mil españoles se arrojaban á subir las gradas de la pirámide de *Huitzilopochtli*. Quinientos mexica, sacerdotes y guerreros principales, bien provistos de víveres y armas, estaban allí en su defensa. Inútil era el poderoso esfuerzo de los asaltantes; de arriba recibían millares de piedras y rodaban sobre ellos grandes vigas que los arrastraban en su caída: estaban los más chorreando sangre y llenos de heridas y más de cuarenta soldados muertos. La presencia del valeroso Cortés los alentó, y ganando al fin con denuedo y en lucha constante los ciento veinte escalones del *teocalli*, desbarataron á sus defensores y pusieron fuego al santuario de *Huitzilopochtli*. Los defensores que no murieron se salvaron bajando á los otros cuerpos de la pirámide. Mas entre tanto había acudido gran cantidad de mexica y desalojaron del *teocalli* á Cortés. Bernal Díaz dice que eran muchos sacerdotes y de tres á cuatro mil indios principales, y que era de ver, cuando bajaban los españoles, como los mexica los hacían rodar seis y diez escalones. Y como en los pretilos de la pirámide aparecieron muchos escuadrones de mexica arrojando gran cantidad de dardos y flechas, refiere el mismo Bernal Díaz que los españoles no podían hacer cara ni sustentarse, y que con mucho trabajo y riesgo tuvieron que retirarse al cuartel con cuarenta y seis muertos. En estas pérdidas nunca se cuentan las de los tlaxcalteca. Durante esa refriega, que al fin se convirtió en derrota para Cortés, y en la cual no debió obtener ventaja seria, pues sólo llevó dos sacerdotes prisioneros, los asaltantes del cuartel habían apretado tanto que ya tenían tiradas unas paredes para entrar; mas al replegarse Cortés suspendieron el ataque, pero no de manera que dejaran de tirar flechas y piedras en lo restante del día y buena parte de la noche.

Cortés se convenció de que no había más salvación que abandonar la ciudad. Sus soldados habían perdido la moral, los de Narvaez maldecían de haber venido en busca de la muerte, muchos aliados habían perecido, escaseaban los víveres y el agua y faltaba pastura para los caballos. En uno de nuestros manuscritos se dice que el último día de la veintena *Etzacualiztli*, es decir, el 28 de junio, Moteczuma avisó á los mexica que hacía dos días que los caballos no tenían que comer. Sin duda desde esa noche se acordó por Cortés y sus capitanes la salida, pues las maniobras del día siguiente tuvieron claramente por objeto el prepararla. En la noche se compusieron al efecto las máquinas ó ingenios.

El día siguiente era 29 de junio, primero de la veintena *Tecuhilhuitontli*, y como Cortés quería obtener un respiro para preparar bien su salida, pensando que los mexica se dedicarían de preferencia á los fune-

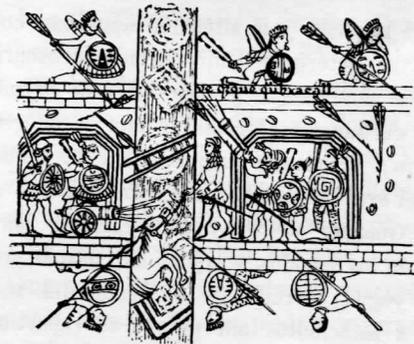
rales de su rey, mandó matarlo y entregárselos cubierto con sus vestiduras reales, diciendo que había muerto de resultas de la pedrada. Consiguió en parte Cortés su objeto, pues muerto Moteczuma tenían los mexica que designar su sucesor. Siempre conforme á las reglas que hemos establecido, correspondía la corona á Cuitlahuac. Moteczuma no tenía más que una hija de la reina, y por mujer y niña de diez años no podía ocupar el trono. Algunos le dan también un hijo de Teotlachco, muerto según una opinión la Noche Triste, y según otros mandado matar por Cuauhtemoc, á causa de que era afecto á los españoles. Como Tecuichpoch, más tarde doña Isabel, jamás habló de él, no creemos en tal hijo; pero admitiendo su existencia, no podría tener en 1520 más de diez y siete años, y por lo mismo no podía ser rey. Correspondiale, pues, á Cuitlahuac, hermano de Moteczuma y hombre á la sazón de unos cuarenta y cuatro años, quien además en esos días de combate se había distinguido mucho como *Tlacochealcatl* de los ejércitos mexica, no sólo por su valor sino por la táctica que desplegó para neutralizar la superioridad del ataque y armas de los españoles. Pues bien, mientras los mexica hacían en favor de Cuitlahuac la declaración de *Tlacatecuhtli*, pudo Cortés con sus máquinas ó ingenios ya reparados, salir por la calle de Tlacópan, é ir ganando cuatro fosos ó cortaduras y cegarlos con el material de las albarradas y de las casas destruidas. Aunque no fué mucha la resistencia que encontró, tuvo, sin embargo, que emplear todo el día en ese trabajo; y en las cortaduras cegadas dejó guarnición suficiente para no perderlas en la noche. Ciertamente le importaba mucho esto, pues la única salida posible era por la calzada de Tlacópan, en cuya prolongación dentro de la ciudad estaba la fortaleza ó cuartel de los españoles.

Amaneció el sábado, 30 de junio, y en él aumentaron los deseos de dejar la ciudad, pues á todas las causas, agravadas de momento en momento, se añadía el dicho del astrólogo Botello, quien aseguraba que la salvación dependía de salir esa noche. Así es que Cortés dispuso ir á cegar las cuatro cortaduras de la calzada. Como los mexica continuasen ocupados en las ceremonias del nombramiento de su rey, pudo, llevando gran fuerza de españoles y aliados, tomar y cegar aquellas cortaduras y aun arrancar de los maizales bastimento para los caballos.

En ese momento la salida estaba expedita, y el error de Cortés fué no hacerla inmediatamente, aun cuando hubiese sido con precipitación y abandonando algo de sus riquezas. Hasta entonces se había mostrado buen político y sabio capitán: su conducta en el Totonaquépan, sus guerras y su alianza con los tlaxcalteca, su audacia de entrar en la ciudad de México y prender á Moteczuma, y sobre todo su feliz y arriesgada campaña contra Narváez, todo lo acreditaba; y no había sido menor su pericia en los combates que se sucedieron en

aquellos días. En efecto, no perdió un instante ni una oportunidad; al saber el levantamiento de Tlatelolco, á la mañana inmediata de su entrada en México y cuando ni él ni los suyos habían tenido tiempo de descansar, desde luego mandó á Ordáz á contenerlo, y viendo su ímpetu salió personalmente á combatir. Las salidas de los días siguientes y la defensa del cuartel en los diversos ataques son hechos notables; y si no hizo más fué porque la forma especial de la ciudad, sus muchos canales y los fosos abiertos por todas partes, inutilizaban sus fuerzas, pudiendo sólo quemar las casas abrigo de los contrarios, cosa de poco provecho, según Bernal Díaz, pues como estaban aisladas y eran de azoteas, duraba en quemarse una todo el día. Pugnaba, además, con gran número de combatientes, y con guerreros como Cuitlahuac y Cuauhtemoc; éste sin duda el más digno de elogio en aquella insurrección. Jefe de los tlatelolca, acaso por muy joven no lo creyó temible y no lo apresó Cortés; y ahí fué preparando no sólo el levantamiento de los mexica sino el de todo el Anáhuac, y á la mañana siguiente de la entrada de Cortés se desbordaban sobre la fortaleza española, á más de todos los habitantes de México que podían empuñar una arma, los acolhua y los tepaneca y cuantos guerreros había en la extensión del Valle. Al salir Cuitlahuac para Tlatelolco encontró ya un ejército en marcha levantado por Cuauhtemoc, y, como *Tlacochealcatl*, se puso á su cabeza. No creemos exagerar diciendo que en esta ocasión combatieron á los españoles unos cuarenta mil hombres.

Pues bien, todavía Cortés como valeroso y diestro capitán buscó remedio en la construcción de las máquinas y atacando el *teocalli*. A este propósito, debemos decir que del relato de Bernal Díaz se deduce algo diferente de lo que Cortés refiere: parece que las máquinas se acercaron la primera vez á las casas del Calmecác, que



Combate en las calles con las máquinas ó ingenios
Lienzo de Tlaxcalla

quedaban frente al cuartel de los españoles y de donde les hacían mucho daño, y ahí fueron desbaratadas; y que dejándolas Cortés se entró en el templo, y asaltó y quemó, no el gran *teocalli* sino el menor, donde había

puesto la Virgen, y de donde se comunicó algo el fuego á los de *Huitzilopochtli* y *Tezcatlipoca*, los cuales, como recordaremos, estaban inmediatos al *Tlillán*.

Si Cortés había sufrido desastres, era porque humanamente no podía pasar otra cosa; pero una vez expedida la calzada, perder tiempo era perderse. Salir en esos momentos á la luz del día, sin obstáculos en el camino, barriendo con la artillería á todo el que por el agua lo combatiese, y conteniendo con la caballería cualquier ataque á retaguardia, hubiera sido de éxito seguro. Pero Cortés, tan suspicaz, atendió de preferencia á un engaño de los mexica. Los que cercaban el cuartel ofrecían la paz, y pedían se les entregara al sumo sacerdote, á quien necesitaban para la consagración de Cuitlahuac. Pero alcanzado el objeto, volvieron al ataque cargando de preferencia sobre las cortaduras: comenzaba á comer Cortés cuando recibió el aviso, y montando á caballo inmediatamente se lanzó al lugar del combate con los jinetes que quisieron seguirle; y aunque encontró maltrechos á los peones, los rehizo y siguió por la calzada sobre el enemigo. Mas Cuitlahuac cayó por su retaguardia sobre las cortaduras abriéndolas de nuevo, con lo cual al regresar Cortés encontró á los de á caballo que con él habían salido, caídos en el zanjón y un caballo suelto; y peleando de nuevo hasta que los caballeros pudieron salir y pasar del otro lado, tuvo él que salvar de un bote de su caballo una zanja de cerca de dos varas de ancho. Los españoles conservaron cegadas las cuatro cortaduras que quedaban de lo que hoy es Puente de la Mariscal para el cuartel, y perdieron las otras cuatro. En el lienzo de Tlaxcalla se ven dos máquinas separadas por la cortadura nuevamente abierta; los mexica las baten desde las azoteas; en una de las máquinas llevan los españoles un cañón, y de otra hacen fuego de arcabuz; sobre la cortadura hay una escalera para pasar, y en el agua está un caballo caído que el jinete trata de sacar.

Llegó la noche y la situación apuraba: en junta de capitanes se determinó salir durante la oscuridad para ocultar los movimientos y sorprender al enemigo. Para pasar las cortaduras abiertas se fabricó un gran puente de madera, y todo se dispuso para la salida. Cortés entregó el oro del quinto real á los oficiales Alonso de Avila y Gonzalo Mejía, y para cargarlo les dió siete caballos de los heridos y cojos. Su propio oro lo cargó en una yegua morcilla y el resto del tesoro, que llegaría á setecientos mil pesos, se repartió entre los soldados; y algunos de tal manera llenaron sus alforjas, arrojando los objetos más necesarios, que agobiados por el peso se incorporaron en las filas. Era la media noche, los guerreros mexica dormían, el cielo estaba oscuro y llovía con fuerza. Creyeron los españoles que nadie podía sentirlos: los presos no los denunciarían, pues antes de partir les dieron muerte á todos. Salió el

ejército silencioso; el lodo impedía el ruido y la oscuridad apagaba el brillo de las armas. A la vanguardia iba Gonzalo de Sandoval con los capitanes Antonio de Quiñones, Diego de Ordáz, Francisco de Lugo, Francisco de Acevedo, Andrés de Tapia y otros de Narváez, todos á caballo y bien armados, y con doscientos peones y veinte jinetes. Tras ellos marchaban cuatrocientos tlaxcalteca llevando el puente y al cuidado de defenderlo, con cincuenta rodeleros al mando del capitán Magarino. Mandaba el centro Cortés, con Alonso de Avila, Cristóbal de Olid y Bernardino Vázquez de Tapia; y allí iba la artillería tirada por doscientos cincuenta aliados y apoyada por cuarenta rodeleros, el fardaje cargado por los *tlamame*, los caballos con el oro del rey y la yegua con el de Cortés, las mujeres y entre ellas la mujer é hijas de Moteczuma defendidas por trescientos aliados y treinta españoles, los prisioneros que por haber mostrado su adhesión no habían sido muertos y unos tres mil tlaxcalteca. Cerraban la retaguardia Pedro de Alvarado y Juan Velázquez de Leon con el resto de peones y jinetes, los más de los de Narváez, y otra fuerte sección de tlaxcalteca. Sería un total de unos ocho mil hombres.

Atravesaron por las calles hoy de Santa Clara y San Andrés, de cuyas cortaduras estaban posesionados, recogiendo á los peones que las guardaban, y así llegaron á la de Tecpantzinco, propiamente no cortadura sino parte del canal occidental y por lo mismo ancha y profunda, la cual quedaba donde comienza hoy la Mariscal. Se dice vulgarmente que una india vieja los descubrió y dió la alarma; pero Cortés refiere que la dieron los centinelas enemigos. Por muy pronto que acudieran los contrarios, hubo tiempo de que Magarino colocase el puente y pasaran vanguardia y centro. Pero el alarma de los centinelas llegó al gran *teocalli* y el sacerdote que estaba de vela tocó el *teohuéhuatl*, cuyo ronco son como grito desesperado de guerra despertó á la ciudad. De todos los *teocalli* contestaron los sacerdotes con *huéhuatl* y bocinas que atronaron el aire; los jefes guerreros rugieron ataque con sus espantosos caracoles, y el ejército mexica se precipitó sobre el de Cortés, alcanzando todavía á la retaguardia en Tecpantzinco. Los mexica se apoderaron del puente, una pequeña parte de la retaguardia con Alvarado pudo pasar, muchos murieron y el resto, viéndose cortado, rompió por entre los enemigos y volvió al cuartel.

Se queja Bernal Díaz de que no había orden en la marcha, la vanguardia y especialmente la caballería iban de prisa separándose del centro, y como podían salvaban las cortaduras. Cortés, con cien peones y cinco de á caballo, metiéndose en el agua de las zanjas, había hecho lo mismo. Más allá de Tecpantzinco, hacia Petlascalco, comenzaba la calzada rodeada de agua á ambos lados; á ella se lanzó ya en desorden el centro y lo salvado de la retaguardia. En el empuje se

llenaron las cortaduras con los muertos y ahogados; ahí fué la mayor matanza; por tierra arremetían escudrones mexica, de las azoteas les arrojaban flechas, dardos y piedras, por la parte de la laguna los atacaban en canoas á uno y otro lado y saltaban á tierra los guerreros y con unas lanzas muy largas hechas con las espadas tomadas á los españoles les mataban los caballos; nada valieron la artillería, que no podía maniobrar, ni los arcabuces; un hijo y dos hijas de Moteczuma murieron; Cuauhtemoc salvó á Teotlachco y á Tecuichpoch; todas las riquezas se hundieron en el agua y muchos cañones. Los que habían escapado dieron en la última cortadura llamada Toltecaacalotlípan: Bernal Díaz con cincuenta peones la pasó, así como otros grupos de soldados animosos, y después Pedro de Alvarado, quien llegó desmontado y herido peleando y la cruzó por una viga subiendo por el otro lado á las ancas del caballo de Gamboa, caballero de Cortés, según él mismo declara en su proceso, y no saltándola con la lanza, como el vulgo refiere, y lo cual dió origen á que se pusiese á la calle donde estaba la cortadura el nombre de Puente de Alvarado. Otros muchos fugitivos llenaron con sus cuerpos la fatal cortadura, salvándose aún no pocos que sobre ellos pasaron. Todavía Cortés volvió sobre la calzada con Sandoval, Olid, Ávila, Morla, Domínguez, otros jinetes y algunos peones; pero encontró á Alvarado con siete soldados y ocho tlaxcalteca, todos heridos, y como aquél le dijese



La Noche Triste. — Lienzo de Tlaxcalla

que nadie quedaba para salvar, se volvió. Los mexica persiguieron á los españoles desde sus canoas hasta que pasaron la calzada y entraron en Tlacópan. Así se ve en las pinturas del lienzo de Tlaxcalla. Aquella noche terrible se llama en la historia *la Noche Triste*. Velázquez de Leon había muerto en la primera cortadura: algunos soldados españoles acusaban á Alvarado de que lo abandonó en el peligro. No pudieron tomar descanso los españoles en Tlacópan, pues atacados por los del lugar y los de Atzacaputzalco, tuvieron que romper de frente hasta llegar á un cerro donde había un *teocalli* y se hicieron fuertes. Pudo, sin embargo, Cortés, antes de que los tepaneca tomasen las azoteas y formalizaran su ataque, organizar los restos de su ejército y emprender una marcha arreglada hacia el cerro referido, el

cual, según se dice generalmente, es el mismo donde está situado el Santuario de los Remedios; pero en el lienzo de Tlaxcalla está con el nombre de Quauhximálpán, y es otro no muy lejos de aquél.

Aquí debemos tratar de varios detalles inherentes á los sucesos que acabamos de referir, como son las pérdidas del ejército de Cortés y la anécdota del ahuehuete de Popotla, la suerte que cupo á los refugiados en el cuartel y algunas noticias sobre la muerte de Moteczuma y su cadáver, así como respecto á la de los otros dos reyes y demás grandes presos con ellos.

Mucha discrepancia hay sobre las pérdidas del ejército español, aun entre los relatos de los testigos presenciales ó de los que de ellos recibieron directamente las noticias. Para poder guiarnos debemos calcular que el ejército, reunidos los soldados de Alvarado y los traídos por Cortés, contando los suyos y los de Narváez, se componía de mil seiscientos españoles y unos siete mil indios. Debemos considerar tres clases de pérdidas: primero, las anteriores á la Noche Triste en los diversos combates y asaltos, de algunas hemos dado razón y no creemos que bajaran de doscientos soldados y dos mil aliados, porque fueron seis días de constante y dura refriega; en segundo lugar, la retaguardia, que viéndose cortada se refugió en el cuartel, y en la cual iba la mayor parte de la caballería de Narváez y gran cantidad de peones, de tal modo que no es exagerado calcularlos en unos cuatrocientos hombres, sin computar á los tlaxcalteca, pues era difícil que se volvieran adentro de la ciudad su enemiga; y en fin, los muertos en la refriega, suficientes para llenar las cortaduras y cegar la calzada con sus cadáveres y que por lo mismo no pudieron bajar de otros cuatrocientos españoles y dos mil indios. Esto nos daría una pérdida de unos mil españoles, cuatro ó cinco mil indios, unos ochenta caballos, la artillería y mucho oro, pues únicamente se salvó el que llevaban los soldados que escaparon. Marina y Aguilar salváronse también y doña Luisa, la hija de Xicotécatl; y en efecto, en el lienzo se ve á Cortés con dos mujeres. El cálculo anterior concuerda con los datos de Durán, quien computa en seiscientos españoles los salvados con Cortés, y podemos agregar unos tres mil indios. Cuenta Durán que los españoles quedaron muy cansados y afligidos, y tan maltratados, que muchos de ellos, habiendo dejado los zapatos en el camino, llevaban los piés por el suelo corriendo sangre, y otros las cabezas descubiertas, y otros muy mal heridos de las piedras y varas que les habían arrojado los enemigos. La mayor parte de los españoles que perecieron eran de los de Narváez, tanto porque los pusieron á la retaguardia cuanto porque eran los menos aguerridos y no estaban hechos á combatir con los mexica. De los capitanes ya hemos dicho que murió en la primera cortadura peleando bravamente Vázquez de Leon, el más importante después de Alva-

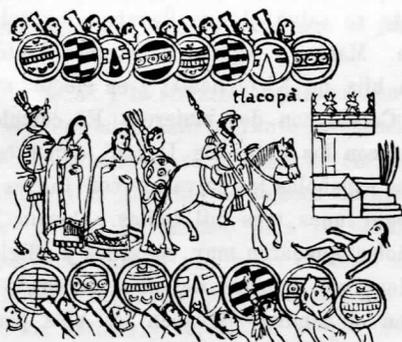
rado y Sandoval; murió también Salcedo, y Morla cayó al lado de Cortés cuando volvieron á la calzada. El famoso jinete Lares pereció en aquella noche y también el astrólogo Botello; pero se salvó Martín López, el constructor de los bergantines. Únicamente le quedaron á Cortés veinticuatro caballos y algunos arcabuces y ballestas.

A propósito de tal desastre se cuenta que Cortés, recostado en el ahuehuate de Popotla y viendo pasar los restos desbaratados de su ejército, lloró de rabia y de dolor, y por esto se llama ese ahuehuate el *Arbol de la Noche Triste*. Mas tal suceso no pasa de una



Continuación del combate hasta Popotla. — Lienzo de Tlaxcalla

leyenda popular; Popotla quedaba aún dentro de la laguna, y hasta allí llegaron los indios en canoas batiendo á los españoles, como se ve en el lienzo de Tlaxcalla, donde se marca el lugar precisamente con el árbol. El señor Orozco cambia el lugar de la escena; dice que Cortés descabalgó de su caballo ya en Tlacópan, sentándose abatido en las gradas del *teocalli* en espera de los últimos rezagados, que pasaron todavía, aunque pocos, despedazadas las armas, maltratados, sosteniéndose á duras penas contra el cansancio y las heridas, y que al recuerdo de cuantas desgracias le



Cortés pasa por Tlacópan con los restos de su ejército
Lienzo de Tlaxcalla

habían acontecido aquella infausta noche, no pudo menos de conmoverse y derramó algunas lágrimas.

Nosotros creemos buenamente que no lloró Cortés. Apenas llegado á Tlacópan, como los mexica siguieron la persecución y vió alborotados á los tepaneca, antes de que tomasen éstos las azoteas ordenó á los suyos y los

sacó á unos maizales, sosteniendo él, siempre á caballo y sin descanso, la refriega. Al amanecer marchó con su hueste al cerro y *teocalli* de Cuauhximálpán, cerro que actualmente pertenece á la Hacienda de Leon y está



Cortés se refugia en Cuauhximálpán. — Lienzo de Tlaxcalla

delante de Tacuba, y durante el camino y en el cerro por todo el día sostuvo el combate. La verdad es que peleando sin descanso Cortés no tuvo en esa ocasión tiempo de llorar.

Pero si muchas fuerzas siguieron hasta ese *teocalli* sobre su destrozado ejército, salváronlo en ese día y los siguientes, mientras se pudo alejar de México, los españoles de la rezaga vueltos á refugiarse en el cuartel. En los primeros momentos sin duda debió ocuparse en recoger despojos y riquezas el ejército de Cuitlahuac, y éste no pudo marchar sobre Cortés porque era necesario antes acabar con los refugiados en el cuartel, que eran en número suficiente para no dejarles cobrar fuerzas. Refiere Durán que se defendieron valerosamente algunos días; pero al fin fueron cogidos, y los mexica hicieron fiesta con ellos y su carne sacrificándolos á *Huitzilopochtli*. Hemos visto una pintura muy antigua, donde aparece que sacrificaron también á los caballos en el *Cuauhxicalli*.

Hemos querido dejar para el fin de este capítulo el tratar separadamente de la muerte de Moteczuma y demás señores presos, porque, á pesar de las respetabilísimas é indiscutibles disquisiciones de los señores Ramírez y Orozco, hemos leído no há mucho un escrito de un digno académico de la Historia, en el cual afirma que tales ideas son hijas de cierta escuela y no de la verdad. Ante todo creemos que nadie nos tachará de parciales en nuestros juicios, y como prueba presentamos nuestras opiniones sobre Tezozomoc y Netzahualcōyotl: el primero, zaherido por todos y por nosotros levantado, y el segundo, coronado unánimemente por una aureola de fabulosa grandeza y por nosotros reducido á un hombre de su raza y de su tiempo.

Fué natural que Cortés atribuyese la muerte de Moteczuma á la pedrada dirigida á él por los mismos mexica: quien manda matar de esa manera, no lo dice. Natural era también que los cronistas españoles, claramente partidarios de aquél, sostuviesen tal idea. Bernal

Díaz dice que cuando menos lo esperaba se dió la noticia de la muerte de Moteczuma: estas palabras ya hacen sospechar del dicho de Cortés. Sahagún, quien por su respetable carácter, por ser español y fraile, no da motivo á desconfianzas, asegura que los españoles mataron á Moteczuma y á los grandes señores presos. No citamos el códice Ramírez porque es de origen indio. Ixtlilxóchitl, más español que los mismos españoles, confirma el hecho en su historia chichimeca. Y lo sostiene Durán, fraile, amigo de España, y cuyo respeto por Cortés se descubre en cada línea de su obra.

Para nosotros no es dudoso el hecho ni la causa, y ya la hemos dicho. Para descomponer los planes de los mexica, distraerlos con los funerales de su rey y preparar con más desahogo su salida, mandó dar muerte á Moteczuma y entregarlo á los mexica. Nada tenía que esperar de él, porque en medio de todas sus debilidades, el monarca indio nunca quiso abjurar de sus dioses ni abdicar de su poder real.

Durán dice expresamente que cuando los mexica tomaron el cuartel, encontraron á los principales y señores en la cadena grande, *todos muertos á puñaladas, los cuales mataron á la salida que salieron de los aposentos*. Y añade las siguientes sinceras palabras: «lo cual si esta historia no me lo dixera, ni viera la pintura que lo certificaba, me hiciera dificultoso de



Cacama, rey de Texcoco — M. Tlótzin

creer.» Por lo demás no podemos comprender, como la pedrada tirada á Moteczuma, matara también á Cacama rey de Texcoco y á Totoquihuáztzin rey de Tlacópan. Cortés dice que los presos murieron en la batalla de la Noche Triste; pero es raro que murieran todos y se salvaran Marina, la tlaxcalteca doña Luisa, manceba de Cortés, Cuicuitzcáztzin el acolhua su amigo y un descendiente de Tezozomoc llamado Huitzilihuitl, cuyos herederos tomaron el apellido de Austria Montesuma, y á mediados del siglo XVIII formaron un expediente pretendiendo descender de Moteczuma y de Cuauhtemoc, hechos incompatibles, y fundándose en algunos docu-

mentos, notoriamente falsos, en los cuales se equivoca hasta el nombre que tomó en el bautismo el último rey de México; en otros que tratan de diferente persona, y en una genealogía en parte publicada en el tercer tomo de la edición mexicana de la *Conquista* de Prescott, la cual, á más de ser posterior á la época antigua y revelar desde luego grandes errores históricos, para nada trata de Cuauhtemoc ni en parte alguna trae su jeroglífico, sino el del Huitzilihuitl amigo de Cortés. Es seguro que la mayor parte de los soldados españoles ignoraron la manera de muerte de Moteczuma; y si el hecho fué conocido por todos los mexica, no así sus pormenores: creemos que para el intento se empleó el medio consignado en el relato del códice Ramírez.

Prescott ignoraba todavía lo que hicieron los mexica con el cadáver de Moteczuma. El señor Orozco lo publicó, y nosotros lo repetiremos, tomándolo también de uno de los manuscritos de nuestra colección. Entregaron



Conducción del cadáver de Moteczuma

el cuerpo muerto á Apanécatl, quien lo condujo primeramente á Huitzillan; arrojado de allí con malos tratamientos, lo llevó á Necatitlán de donde lo expulsaron á flechazos; lo mismo pasó en Tecpantzinco, hasta que en Acatliyacápan lo recibieron y lo quemaron ó escondieron, pues el texto mexica está oscuro y puede interpretarse de las dos maneras. Existe una pintura jeroglífica que representa esa triste peregrinación del cadáver de Moteczuma.

Los cadáveres de los otros grandes señores muertos en el cuartel recibieron los honores fúnebres acostumbrados; y especialmente sabemos que para hacerlos al de Itzcáuhtzin lo condujeron en una canoa á Tlatelolco.